



CAPITULO XXXI

ITALIA

Reino Lombardo-Veneto. — Toscana. — Piamonte. — Nápoles. — Estado de la Iglesia. — Primeros tiempos del reinado de León XII. — Concéntrase y réformase el gobierno. — Tentativas de Reforma. — Movimiento en el seno de las sectas políticas.

METTERNICH respecto de Italia tenía que llevar á cabo la tarea de imponer la dominación austriaca. Para conseguirlo principió por unir á sus intereses los intereses de los príncipes restaurados y de esta suerte se extendió su influencia por todas partes, tanto, que el embajador de Francia, marqués de Maisonfort, escribía ya en 1821, que salvo en Roma, en donde Francia contrastaba algo la influencia de Austria, y en Cerdeña en donde Carlos Félix, que tan fácil de conquistar se creía, no lo había sido aún, Austria dominaba en los Estados independientes italianos como en los que se había adjudicado.

Seguro de su influencia Metternich y de haber convertido en jefes de la policía imperial á los príncipes italianos, trató al reino Lombardo-Veneto de la manera más indigna, pues no sólo quiso dominarlo por el terror, como ya sabemos, llevando la muerte, la desesperación y la ruína á las familias principales, sino que trató por todos los medios posibles de embrutecer la sociedad Lombardo-Veneto dándola al efecto por gobernador general á Stralsaldo, gran maestro en toda clase de liviandades, que de esta manera tratan la virtud los representantes de las clases conservadoras hasta nuestros días, en Europa.

Humillado y avergonzado el Lombardo-Veneto quiso intentar, en favor de los que gemían en los duros calabozos de los presidios de Austria, una reconciliación con Austria, y se recibió en 1825 al presentarse el emperador en Milán de una manera afectuosa y halagüeña, pero Metternich fuera que comprendiera que todo aquello era afectado é interesado, fuera que creyera que aún debía sostener el sistema rigorista para acabar su obra de intimidación y corrupción, lo cierto es que creyó no deber aprovechar la ocasión única que se le ofreció para llegar á la concordia, ya que la aristocracia Lombardo-Veneto al verse desdeñada púsose desde ese tiempo al frente de los que estaban decididos á protestar de la dominación austriaca.

Metternich en Toscana, lo mismo que en Roma, tuvo que hacer frente á Fossombroni y á Consalvi, quienes no querían de Austria más ingerencias que las que podía sufrir un Estado celoso de su independencia. La muerte le desembarazó de Consalvi, pero Fossombroni, aunque anciano, se mantenía en su puesto, y en él le veían con gusto sus amigos y sus enemigos.

Ya hemos dicho como Toscana era una especie de oasis liberal para los liberales italianos, y como en Florencia encontraban asilo los que huían del

despotismo austriaco, de los borbones, de Roma y de la dinastía de Saboya; pero esta tolerancia de Fossombroni no iba hasta tolerar en Toscana á los conspiradores que tanto daño habían hecho á Italia, pues los combatía y destruía de una manera donosísima, procuraba sorprender su correspondencia y una vez en poder suyo se la mandaba á los conspiradores con la estampilla del *visu* de la policía.

Con un hombre tal como Fossombroni, Metternich tenía poco que hacer, así resolvió esperar una circunstancia favorable para derribarle, y esta circunstancia creyó llegada al fallecer el gran duque de Toscana, Fernando III, en Junio de 1824. Al saber la noticia Bomebelle, el embajador austriaco que tendría ya sus instrucciones, se presentó en todas partes haciéndose el mandón y procurando ganarse la confianza del sucesor Leopoldo II, pero Fossombroni con gran firmeza, lo mandó á su embajada y se mantuvo en sus funciones con gran contento de Leopoldo II y disgusto profundo de Metternich, que hubo ya de renunciar para siempre á someter la Toscana.

En efecto, Leopoldo II tomó á empeño personal el sanear las marismas de la antigua Etruria, y en esta humanitaria y civilizadora empresa que dirigía por sí mismo, tuvo siempre de consejero á Fossombroni que vió sin temor aproximarse el quinto acto del drama europeo.

Compréndese que, después del pronunciamiento militar del Piamonte y del triunfo de la reacción con Carlos Félix, nada le fué tan fácil á Metternich como apoderarse del ánimo de este menguado príncipe que decía á cuantos le iban á hablar de asuntos públicos: «que él no era rey para que fueran á darle todos pesadumbres.» Carlos Félix entendía ser rey para irse á dormir al teatro ó á pasear por la costa de Niza. Pero aún sin quererlo, en Carlos Félix había algo de la sangre de Saboya y de su país, y este algo se demostró siendo el único soberano de Italia que se abstuvo de presentarse en Milán en 1825 á saludar al emperador Francisco. Este espíritu anti-austriaco hizo que se reconciliara con el príncipe de Carignan cuyo advenimiento al trono quería impedir Austria. Esta oposición, mejor que no la promesa de Martignac, de que un ejército francés pasaría los Alpes si Austria intentase modificar la sucesión al trono de Cerdeña, es la que hubo de decidir una reconciliación que se dice basada en la promesa de Carlos Alberto, de no alterar las bases ni las instituciones orgánicas del reino al subir al trono.

Recuérdese lo que Austria hizo por los borbones

de Nápoles y no se extrañará que el partidario ciego, incondicional que Austria tuviera en Italia fuera Francisco II, y que por lo mismo fuera el más detestado de los monarcas italianos, cuando hubiera podido desentenderse de las obligaciones y compromisos contraídos por su padre que había fallecido el 4 de Enero de 1825.

Francisco II quiso solidar su gobierno en Nápoles como Austria quería solidar el suyo en el Lombardo-Veneto. «La corrupción, era la que ya por tradición podía llamarse de los borbones de España, y con dicho monarca llegó á su colmo; la nobleza cuya fortuna y costumbres bajaban considerablemente, se perdió cada vez más en el seno de la lujuria y de la licencia que reinaba en la corte, donde los únicos placeres eran la caza y los banquetes, los bailes y las mascaradas de un impudor que sublevaba. El mismo soberano se encontraba completamente bajo el poder de un ayuda de cámara llamado Miguel Angel Viglia, hombre tan ladino como ignorante; éste y la camarista de la reina Catalina de Simone, se entregaron á un tráfico de destinos y de empleos, que si hemos de creer lo que de público se decía, era aún más vergonzoso de lo que parecía serlo en realidad.» ¿Cómo había de ir la hacienda con tal sistema de gobierno?

Cuando hubieron agotado los recursos, cuando Rothschild no quería dar dinero más que para pagar al ejército austriaco, fué preciso pensar en economías y entonces se despidió á Canosa y se llamó de nuevo á Médici, recordando que durante el mando de éste leal servidor de su padre el rey Fernando, el estado de la hacienda había estado floreciente. En efecto, la deuda pública que en 1820 solo importaba millón y medio de intereses, necesitaba ahora, en 1827, cinco millones para pagarlos.

Hicieron las economías como en Piamonte, disolviendo, mejor que desorganizando, el ejército. Francisco II, como Carlos Félix, decían que no tenían necesidad de ejército dado que á Austria le sobraban soldados. Así Francisco dejó que se disolvieran sus tropas y sus cuadros de oficiales fundando todo su empeño militar en conservar á su lado contentos á los seis mil suizos en cuya lealtad fiaba.

Su sistema de gobierno fué el inaugurado por su padre, el terror, y por consiguiente este sistema produjo sus resultados. Al retirarse del reino los últimos soldados napolitanos, estallaba la revolución entre los salernitanos, á quienes se hizo creer que Kapodistrias había prometido veinte mil rusos para secundar el movimiento que fué dominado y cruelmente castigado; pues Galloti, su jefe, no pudo sos-

tenerse en parte alguna, perseguido por el antiguo jefe de Estado mayor de Guillermo Pepe, ahora por necesidad, por conveniencia ó por vocación convertido al sanfedismo.

Al fallecer el papa Pío VII en 20 de Agosto de 1823, Austria y Francia se encontraron frente á frente en la elección del nuevo Papa. Francia, á quien su unión con Rusia inspiraba ahora gran confianza llevada de su audacia, se mostró dispuesta á impedir la elección del candidato de Metternich que era el cardenal Castiglione, pero si fué el candidato de Francia el cardenal Severoli, éste no pudo ser nombrado porque Austria le oponía su voto en razón de los sentimientos sobrado italianos del presunto Papa, y esto fué lo que decidió la elección del cardenal Anibal della Genga, que fué elegido haciéndose constar con ostentación que su elección se debía al voto del cardenal de Toulouse para demostrar las simpatías del cónclave para Francia,—29 de Setiembre.

El nuevo Papa que tomó el nombre de León XII, creyó que no podía demostrar á Francia su reconocimiento como enviando al duque de Angulema que había vencido la revolución española el mismo día de su advenimiento al solio pontificio, un sombrero y una espada, regalos que los papas acostumbraban á hacer en otros tiempos á los héroes de las grandes guerras contra los turcos, como por ejemplo, Juan de Austria, Sobieski y el príncipe Eugenio.

Contribuía también á intimar las relaciones entre Francia y Roma el que estimándose en el Vaticano al conde de Artois como á un futuro San Luís, y siendo su advenimiento al trono cosa de un momento á otro, dado el mal estado de salud de Luís XVIII, se creía que Roma unida á Francia lo podrían todo, pues se esperaba que el rey cristianísimo se pondría incondicionalmente á las órdenes del Papa.

«Bajo su predecesor Pío, todos los Estados eclesiásticos habían sido borrados del mapa, con la sola excepción de los Estados de la Iglesia. El espíritu de secularización había penetrado hasta en el gobierno del patrimonio de San Pedro; en efecto, un Consalvi no había vacilado en hablar, con todos los diplomáticos protestantes, del dogma romano y disciplina romana, y en pedir cuenta de su gestión á los señores eclesiásticos con supresión de destinos y de dedicatorias, dignatarios que antes se habían considerado como señores absolutos en su esfera de acción; habiendo llegado hasta el punto de amenazar las inmunidades de los grandes propietarios de los bienes eclesiásticos, sin vacilar tampoco en defender, con

vigorosa mano, el tesoro del Estado contra las invasiones de los cardenales.

»El verdadero significado de la elección del nuevo Papa, era que se quería poner el timón de los negocios entre las manos del partido «esencialmente católico;» rechazar al último plan las consideraciones políticas que hasta entonces habían dominado en los asuntos romanos; hacer valer por todas partes el pensamiento católico y cumplir, si era posible, una restauración eclesiástica que debía ser ya desde entonces el verdadero medio de curar la época.

»El nuevo Papa, parecía en efecto el hombre que se necesitaba para realizar esta idea: desde 1814, es decir, desde la época en que se le había confiado una misión para Luís XVIII á poco de su restauración, habíase presentado en estado de hostilidad personal con Consalvi, y era uno de los cardenales que habían rehusado pagar los impuestos de sus beneficios. Así por las primeras medidas que tomó en su nueva posición, parecía como que habían de renacer todos los abusos que Consalvi había querido extirpar de un solo golpe. En la alocución que dirigió á los cardenales,—17 de Noviembre,—les prometió no descuidar nada para cumplir sus deseos en todo lo que pudiera servir para realzar su majestuosa dignidad y en lo que concernía á los honores, las ventajas y los beneficios á que tenía cada uno derecho.

»Mas ya antes que esto, es decir, algunas horas después de las adoraciones, había nombrado una congregación compuesta de cardenales que, bajo el nombre de Congregación del Estado, principiaron desde luego, con grande terror de los diplomáticos que había en Roma, por apoderarse del poder y administrar los negocios conforme los deseos de los *zelanti*. Además, tan pronto se difundió la noticia de que el secretario de Estado de Pío VII había caído, se reconstituyeron por sí solas las pequeñas autoridades con su poder arbitrario, absoluto ó republicano que Consalvi había destruido; la jerarquía de los funcionarios romanos parecía que había recobrado enteramente el real privilegio de su irresponsabilidad.

»Tanto como se mostraba el papa León reaccionario, poniéndose en oposición con las tendencias reformadoras de Consalvi, otro tanto seguía las vías de los *zelanti*, oponiéndose á los principios religiosos muy relajados de ese político. En su encíclica que no se publicó hasta muy tarde,—3 de Mayo de 1824,—hizo un llamamiento á los pastores de la grey cristiana, exhortándoles á combatir la secta de los indiferentes, esta plaga de la época, y para que se opusieran á la invasión «de las aguas del diluvio,» es decir, á